

Roma, patentizan el gusto, la actividad y el poder de Adriano, que además era poeta, pintor y arquitecto. Su siglo fue el restaurador de las artes.

El destino del *Mole Adriani*, es en verdad harto singular: los adornos de este sepulcro sirvieron de armas contra los godos; pero aunque la civilización arrojó columnas y estatuas á la cabeza de hierro de la barbarie, no evitó que esta entrase en Roma. El mausoleo se transformó, andando el tiempo, en fortaleza papal, y también en cárcel, lo que no desmiente su primitivo destino. Los fastuosos edificios levantados sobre las cenizas del hombre, no ensanchan las proporciones del ataúd: los muertos se asemejan en su sepulcro á la estatua sentada en un templo muy reducido de Adriano: si intentasen levantarse, romperían su frente en la bóveda.

Cuando Adriano subió al trono, dijo en alta voz á uno de sus enemigos: «¡Estás en salvo!» Magnánimas son estas palabras. Pero como es más fácil perdonar á la política que al genio, el envidioso Adriano dijo en su interior, al ver las obras maestras de Apolo: «¡Está perdido!» y el artista pereció.

No me alejé de aquellos famosos lugares sin llenar mis bolsillos de fragmentos de pórfido, de alabastro, de estuco pintado y de mosaicos; pero luego los arrojé.

Estas ruinas no existen ya para mí, pues es probable que no tornaré á recorrerlas. A cada paso dejamos de existir para un tiempo, para una cosa, para una persona que no hemos de volver á ver, pues la vida es una muerte sucesiva. Muchos viajeros, anteriores á mí, escribieron sus nombres en los rotos mármoles de la quinta Adriana, prometiéndose prolongar su existencia estampando en unos lugares célebres el sello de su paso: ¡cuánto se han equivocado! Mientras me esforzaba en leer uno de aquellos nombres, recién escritos con lápiz, y que creía reconocer, un ave emprendió su vuelo desde una enramada de yedra, y sacudiendo algunas gotas de la pasada lluvia, borró el orgulloso nombre.

Mañana visitaré la quinta de Este.

EL VATICANO.

He visitado el Vaticano á la una. El día era hermoso, brillante el sol, y la temperatura en extremo benigna.

¿Qué he visto? Solitarias y espaciosas escaleras, ó por mejor decir, rampas que pueden subirse á caballo; solitarias galerías adornadas de las obras maestras del genio, por donde los antiguos pasaban con todas sus pompas; solitarios salones, celebrados ó estudiados por tantos grandes artistas, admirados por tantos ilustres varones: el Taso, Ariosto, Montaigne, Milton, Montesquieu, reyes y reinas, poderosos ó caídos, y todos los peregrinos de todas las partes del mundo.

Pinturas: Dios desenmarañando el Caos.

El ángel que seguía á Loth y su mujer.

Una hermosa vista de Frascati, tomada desde una altura de Roma, en un ángulo de la galería.

En la entrada de las habitaciones: una batalla de Constantino, en la que se anegan el tirano y su caballo.

San Leon deteniendo á Atila. ¿Por qué dió Rafael un aire altivo y no religioso al grupo cristiano? Para expresar el sentimiento de la asistencia divina.

El Santísimo Sacramento, primera obra de Rafael: es un cuadro frío, sin piedad, pero su disposición y sus figuras son admirables.

Apolo, las Musas y los poetas. El carácter de estos está bien expresado.

Heliodoro expulsado del templo.—Un ángel digno

de atención, y una figura de mujer celestial, imitada por Girodet en su Osian.

El incendio del barrio.—La mujer que lleva un vaso: copiado sin cesar. Contraste del hombre ahorcado y de otro que intenta alcanzar un niño: el arte se deja ver demasiado. La mujer y el niño han sido pintados mil veces, y siempre con maestría, por Rafael.

La escuela de Atenas.—Efecto de las tres luces, citado en todas partes.

Biblioteca. Su puerta es de hierro, y está erizada de puntas: ¡tal es la puerta de la ciencia! Por armas de un papa, tres abejas: símbolo ingenioso.

Un magnífico bajel y unos libros sellados. Si se franquease su lectura, pudiera escribirse aquí toda la historia moderna.

Museo cristiano. Instrumentos de martirio: garfios de hierro para desgarrar las carnes, rascadores para arrancarlas, martinetes de hierro y tenazas: ¡hermosas antigüedades cristianas! ¿Cómo se padecía en otro tiempo? Como hoy, pues así lo atestiguan estos instrumentos. En punto á doleres, la especie humana permanece estacionaria.

Diferentes lámparas encontradas en las catacumbas. El Cristianismo empezó en un sepulcro; de la lámpara de la muerte brotó la luz que ha iluminado el mundo.—Antiguos cálices, cruces, y cucharillas para administrar la Comunión.—Algunos cuadros traídos de Grecia, para salvarlos del encono de los Iconoclastas.

Antigua imagen de Jesucristo, copiada despues para los pintores, y cuya fecha no puede ser anterior al siglo viii. ¿Era Jesucristo el más hermoso de los hombres, ó era feo? Los Padres griegos y los latinos abrigaban diferente opinion; mas yo me inclino á creer que era hermoso.

Donativo hecho á la Iglesia en papiro: el mundo vuelve á empezar aquí.

Museo antiguo. Una cabellera de mujer hallada en un sepulcro. ¿Era la de la madre de los Gracos, ó la de Delia, Cintia, Lálage ó Licinia, de la cual, Mecenas, si hemos de dar crédito á Horacio, no hubiera cambiado un solo cabello por toda la opulencia de un rey de Frigia?

Aut pinguis Phrygiæ Mygdonias opes
Permutare velis crine Lyciniæ?

Si hay algo que envuelva la idea de la fragilidad son los cabellos de una jóven, que fueron tal vez objeto de la idolatría de la más versátil pasión, y no obstante han sobrevivido al imperio romanc. La muerte, que rompe todas las cadenas, no ha podido romper el leve tejido de un cabello.

Una hermosa columna de alabastro.—Un sudario de amianto sacado de un sarcófago; la muerte no ha dejado de devorar su presa en este sudario.—Un vaso etrusco. ¿Quién ha bebido en esta copa? Un muerto. Todo, en este museo, es tesoro del sepulcro, bien haya servido á los ritos fúnebres, bien haya pertenecido á las funciones de la vida.

EL MUSEO CAPITOLINO.

2 de diciembre de 1803.

La Columna Miliaria. En el patio se ven los pies y la cabeza de un coloso.

En el Senado: algunos nombres de modernos senadores. Una loba herida por el rayo; ánades del Capitolio.

Antiguas medidas de trigo, de aceite y vino, en forma de altar, con cabezas de leon.

Varias pinturas que representan los principales acontecimientos de la república romana.

Una estatua de Virgilio: su aspecto es rústico y melancólico; su frente grave, sus ojos inspirados, y las arrugas circulares que parten de las ventanas de la nariz, terminan en la barba, comprendiendo las mejillas.

Ciceron: brillan en su rostro cierta regularidad y expresión de ligereza, menos fuerza de carácter que de filosofía, y tanto talento como elocuencia.

El Alcibiades no ha excitado mi atención por su hermosura, pues tiene cierto aire de necedad y estolidez.

Un jóven Mitridates que se parece á un Alejandro. Fastos consulares, antiguos y modernos.

Un sarcófago de Alejandro Severo y su madre.

Un bajo-relieve de Júpiter, niño aun, en la isla de Creta. Es una obra admirable.

Una columna de alabastro oriental; la más hermosa que se conoce.

Un plano antiguo de Roma sobre mármol, que revela la perpetuidad de la Ciudad eterna.

Bustos: el de Aristóteles: adviértese en él un sello de inteligencia y fuerza.

El de Caracalla; sus ojos contraídos; nariz y boca puntiagudos; aire feroz y como de locura.

El de Domiciano: labios apretados.

El de Neron: semblante redondo y ojos hundidos, de manera que la frente y la barba son prominentes; aspecto de un esclavo griego disoluto.

Los de Agripina y Germánico: el rostro de este es largo y enjuto; el de aquella, grave.

El de Juliano: frente pequeña y estrecha.

El de Marco Aurelio: frente espaciosa, y ademan de mirar al cielo.

El de Vitelio: nariz gruesa; labios delgados; mejillas abultadas; ojos pequeños y cabeza un tanto deprimida.

El de César: rostro delgado; todas las arrugas profundas; aire de privilegiada inteligencia; frente prominente entre los ojos, como si la piel estuviese agrupada y cortada por una arruga perpendicular; cejas bajas y casi en contacto con los ojos; boca grande y muy expresiva; créese que va á hablar, y casi sonríe; nariz saliente, pero no tan aguileña como se le pinta ordinariamente; mejillas aplastadas como las de Bonaparte; casi no tiene occipucio; barba redonda y doble; ventanas de la nariz un poco cerradas; aire de imaginación y genio.

Un bajo-relieve, que representa á Endimion que duerme sentado en un peñasco; cabeza inclinada sobre el pecho, y un poco sobre el asta de su lanza, que descansa en su hombro izquierdo; la mano de este lado, indolentemente tendida sobre la lanza, sostiene apenas la correa de un perro, que sentado sobre sus patas traseras, extiende su vista más allá del peñasco (1). Este es uno de los más hermosos relieves conocidos.

Desde las ventanas del Capitolio se descubren el Foro, los templos de la Fortuna y la Concordia, las dos columnas de Júpiter Estator, los Rostros, el templo de Faustino, el del Sol, el de la Paz, las ruinas del palacio dorado de Neron, las del Coliseo, los arcos de triunfo de Tito, de Séptimo Severo y de Constantino; vasto cementerio, en que están escritas las fechas de la muerte de los siglos, en sus respectivos monumentos fúnebres!

LA GALERIA DORIA.

Un gran paisaje; diferentes vistas de Nápoles, y la fachada de un templo ruinoso en un campo: de Gaspar Pusin.

(1) Tal es la actitud en que pintó á Eudoro en los *Mártires*.

La cascada de Tívoli y el templo de la Sibila.

Un paisaje de Claudio de Lorena y una fuga á Egipto, del mismo: la Virgen, detenida á la entrada de un bosque, tiene al Niño en sus rodillas; un ángel presenta viandas al Niño, y San José quita la albarda al jumentillo; descúbrense en último término un puente por el cual pasan algunos camellos y sus guías, y un horizonte en que apenas se diseñan los edificios de una gran ciudad; la calma y la luz de este cuadro son admirables.

Otros dos pequeños paisajes de Claudio de Lorena, uno de los cuales representa una especie de matrimonio patriarcal en un bosque; es acaso la obra más acabada de este gran pintor.

Una fuga á Egipto, de Nicolás Pusin: la Virgen y el Niño, montando un asno guiado por un ángel, bajan de una colina á un bosque, y San José sigue la humilde cabalgadura; el movimiento del viento está indicado en las ropas y los árboles.

Muchos paisajes del Dominiquino: los coloridos son vivos y brillantes, y los asuntos risueños; pero en lo general su tono es duro, y su luz poco vaporosa, poco ideal. Cosa extraña es que los ojos franceses sean los que mejor han visto la luz de Italia.

Un paisaje de Anibal Carraccio: está lleno de verdad, pero carece de elevación de estilo.

Diana y Endimion, de Rubens: la idea es feliz. Endimion duerme casi en la misma actitud del bajo-relieve del Capitolio, mientras Diana, suspensa en los aires, apoya ligeramente una mano en un hombro del cazador, para darle un beso sin interrumpir su sueño; la mano de la diosa de la noche es de la blancura de la luna, y su cabeza se distingue poco del azul del firmamento. El conjunto está dibujado con suma corrección; pero cuando Rubens dibuja bien, pinta mal; este gran colorista perdía su paleta cuando encontraba su lápiz.

Dos cabezas, por Rafael; los cuatro Avaros, por Alberto Durier; el Tiempo arrancando las plumas de las alas del Amor; es del Ticiano ó del Albano: la alegoría es feliz, pero la ejecución es fría y amanerada, si bien las carnes tienen todo el colorido de la vida.

Unas bodas aldobrandinas, copia de Nicolás Pusin; véñese en ellas diez figuras, que forman en un mismo término dos grupos de tres y otro de cuatro figuras. El fondo representa una especie de biombo de color oscuro hasta la altura del pecho; los ademanes y el dibujo participan de la sencillez de la escultura; parece un bajo-relieve. En este cuadro no hay riqueza de fondo, ni detalles, ni ropas, ni muebles, ni árboles, ni accesorio alguno; sólo figuran en él los personajes, naturalmente agrupados.

PASEO POR ROMA AL RESPLANDOR

DE LA LUNA.

24 de diciembre de 1803.

Los campanarios y los edificios lejanos parecen desde lo alto de la Trinidad del Monte los bosquejos borrados de un pintor, ó unas costas desiguales vistas desde el mar á bordo de un bajel.

Sombra del Obelisco: ¿cuántos hombres han visto tu sombra en Egipto y Roma?

La Trinidad del Monte está desierta; un perro ladra en este retiro francés, y se divisa una luz en el piso más alto de la quinta de Médicis.

Los edificios del Estadio se muestran blancos y en calma, y sus sombras transversales se destacan con fuerza. En la plaza de la Columna, la de Antonino se muestra medio iluminada.